

José Ortega

NAFURIA
EL ORIGEN
DE DIOS



Ediciones Corona Borealis

Nafuria. El origen de Dios - José Ortega

© José Ortega
© 2018, Ediciones Corona Borealis
Pasaje Esperanto, 1
29007 - Málaga
Tel. 951 088 874
www.coronaborealis.es

Maquetación editorial: Georgia Delena
Diseño de cubierta: Sara García

ISBN: 978-84-948152-0-1
Depósito Legal: MA 259-2018

Primera edición: marzo 2018

Distribuidores: <http://www.coronaborealis.es/?url=librerias.php>

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain - Impreso en España

Índice

INTRODUCCIÓN.....	7
PRIMERA PARTE. EL JOVEN INGENUO.....	15
I. EL COCODRILO TUERTO.....	17
II. EL DESLUMBRAMIENTO DE ATON	37
III. EL DESIERTO.....	49
IV. LA CUEVA DE CRISTAL.....	69
V. LA CUMBRE.....	95
SEGUNDA PARTE. EL EXILIO	107
VI. MEN-NEFER.....	109
VII. KARDUNIASH	121
VIII. WASSUGANI.....	143
IX. ATON NOS ILUMINA	175
X. EL SINAI.....	197
XI. BABILONIA.....	239
TERCERA PARTE. LA GLORIA DE ATON.....	253
XII. UASET.....	255
XII. AKETATON	293
EPÍLOGO.....	329

INTRODUCCIÓN

Cuando estudiaba la asignatura de Arqueología de Oriente y Grecia en cuarto de carrera, la entonces catedrática de Prehistoria de mi Universidad de Murcia, Ana María Muñoz Amilibia, nos explicó la singular teoría de Sigmund Freud según la cual lo que cuenta el libro del Exodo es en realidad lo que sucedió después de que la reforma religiosa de Amenofis IV se viniera abajo, cuando los partidarios de aquel dios Aton, que no tenía cuerpo, que no era un dios tribal ni nacional y que promovía el amor y la fraternidad, decidieron exiliarse para buscar una nueva tierra en la que poder adorarlo. No es de extrañar que la mayoría de sus partidarios fueran los muchos judíos que vivían en Egipto como esclavos o bien relegados a los trabajos más duros. Eran ellos los principales beneficiarios de los mensajes conciliadores del nuevo dios. Se trata de un grupo de tres ensayos escritos por Freud a partir de 1934.

Concebí la idea de escribir una novela sobre este episodio total y absolutamente incomparable de la Historia nada más terminar mi primera obra, *Gilgamesh y la muerte*, una recreación de la búsqueda de la inmortalidad descrita en el mito de Gilgamesh. Pero, a mis veinticinco años no me atreví a enfrentarme con el inmenso trabajo de documentación necesario para asumir esa iniciativa con dignidad, y sobre todo la historia no tiraba de mí. No me exigía. No pedía ser escrita. La idea estaba bien pero eso era todo.

Dicen que nadie puede o debería escribir una novela antes de los treinta años, simplemente porque falta bagaje vital de todo tipo. Creo que es cierto, incluso cuando yo escribí dos antes de cumplir esa edad. En mi caso han sido algunos más los años que he tenido que cumplir y las experiencias vitales que he debido acumular antes de sentir

efectivamente que la historia tiraba de mí y deseaba ser escrita. Como suele sucederme, esta novela es una mezcla de ficción y realidad, y como tengo el raro privilegio de que me suceda a menudo, la realidad que cuento está tan tocada por la magia que parece ficción.

La historia de lo que sucedió en Egipto en aquellos años, durante la XVIII dinastía, ya contiene todos los ingredientes precisos para alcanzar la grandeza hasta el extremo de resultarme incomprendible que, hasta donde yo sé y por sorprendente que parezca, ningún escritor conocido la ha tratado como novela. Que el faraón Amenofis III fuera un obseso sexual que tenía en el harén tantas mujeres que les perdía la pista, incluyendo algunas de sus hijas; que tomara (o intentara tomar) por esposa cuando con unos cuarenta y pocos años era ya un anciano enfermo, a la inigualable Nefertiti, de una belleza sin igual a sus catorce años; que a la muerte del padre su hijo Amenofis IV casara con la jovencísima viuda; que éste comenzara al poco tiempo a mostrar síntomas de una enfermedad neurológica degenerativa; que el joven faraón concibiera la idea de un dios nuevo que repartía amor y paz y que nada tenía que ver con los dioses tradicionales de Egipto; que tuviera la iniciativa de construir una ciudad enteramente nueva en medio del desierto, todo eso son valores suficientes para una buena historia.

Pero en esta obra, como en *Gilgamesh y la muerte*, he querido introducir, junto a esos hechos históricos, elementos que proceden del campo de la espiritualidad. Creo imprescindible mencionar de manera muy especial a uno de los personajes añadidos por mí, porque es real y al mismo tiempo increíble.

Mi amigo Manolo Conesa, gran conocedor de la Filosofía y excelente conversador, viajó unos años a Chipre para conocer a un santo maestro sufí llamado Mawlana. Quedó tan fascinado que se convirtió al islam y cambió su nombre por el de Yusuf. Poco después me propuso como abogado para defender a un grupo de inquilinos de viviendas en el parque regional de Calblanque, en Cartagena, que estaban siendo amenazados con desahucios colectivos. Sin entrar en detalles, era de nuevo una historia de débiles oprimidos por los poderosos, lo que es para mí una constante en el ejercicio de la profesión. Quien coordinaba a estos vecinos era otro joven sufí llamado Guillermo, cuyo nombre árabe es Sayfuddin.

Recuerdo con particular agrado una tarde en la que los tres mantuvimos una extensa conversación sobre la espiritualidad y los santos sufíes en un local de Cartagena llamado El Coyote. Manolo refirió el episodio sucedido unos pocos años antes en Chile, cuando unos mineros habían quedado atrapados en el fondo de un pozo y se temía por su supervivencia porque el aire se les acababa. Contó Manolo que de pronto, en el fondo del pozo, los mineros vieron a Mawlana y a continuación comenzaron a respirar un aire tan limpio que el que posteriormente les hicieron llegar con una sonda les pareció pobre y enrarecido. Cierto es que la cosa no encaja en la lógica cartesiana ni en ninguna otra, porque Mawlana no se había movido de Chipre. No obstante, las razonables dudas que puedan surgir quedarán rápidamente aclaradas sólo con que los escépticos escriban en Google “Mawlana mineros de Chile” para comprobar que tras el episodio los interesados viajaron a visitar al maestro a su isla y muchos de ellos se convirtieron al Islam.

Una mañana estaba en Cartagena preparando un nuevo juicio por desahucio que tenía a la una de la tarde. Al estudiarlo en detalle me di cuenta de que mi planteamiento al contestar a la demanda había sido algo flojo y, como se suele decir, lo vi negro y empecé a sudar, convencido de que en la vista oral no iba a tener nada que hacer. Así se lo hice ver a Guillermo mediante un mensaje de WhatsApp. Pero al cabo de una hora o algo menos, mi mente se iluminó súbitamente con una idea que me permitía presentarle al juez buenos argumentos y que lo cambiaba todo. Era algo que tenía delante y aún así no había sabido verlo. Fue como si alguien me hubiera quitado un velo de los ojos.

Después del juicio fui a Calblanque para comentar con Guillermo. Lo que me dijo Diana, su mujer, me dejó muy sorprendido, a saber: Fue ella quien vio mi mensaje. Entonces se puso en contacto con Mawlana y él la tranquilizó diciéndole que no se preocupara y que todo iba a salir bien. Nadie podrá quitarme nunca de la cabeza el convencimiento de que mi súbita inspiración fue promovida por el maestro mediante algún canal espiritual.

Para hablar con él, Diana no utilizó el teléfono móvil, ni el fijo ni Skype. Transmitió su inquietud sólo con la mente. Esto ya resulta bastante

impresionante, pero se vuelve mágico si aclaro que para ese momento Mawlana llevaba muerto como dos años.

El maestro también está al habla con Manolo. Una vez le comentó que le resultaba muy fácil ayudarme porque le parecía “dócil” (un adjetivo con el que normalmente no me identifico). Después de eso, y por singular que pueda parecer, me siguen llegando de él impresiones, análisis y consejos sobre la forma de llevar la defensa. Como cabe imaginarse, me siento privilegiado. No todos los abogados pueden presumir de fomar equipo con un personaje así.

En esta novela también aparece un viejo maestro espiritual muy sabio. Al principio pensé describirlo como un miembro de la estirpe de los gentiles, muy anciano, que aparece en una narración popular del País Vasco recogida por el gran José Manuel de Barandiarán. El cuento dice de él que era tan viejo que carecía de fuerza para abrir los párpados, por lo que tenían que ayudarlo con perchas. Pero después de las experiencias que he contado, consideré más apropiado darle no sólo las características físicas del mismo Mawlana, uno también su nombre. No obstante, lo consulté con él a través de Manolo. Me dijo que sí.

Siendo el Mawlana de mi novela el mismo que el real, juzgué adecuado incluir un episodio en las minas del Sinaí como el de Chile, y de ahí que la historia palpite de magia y vida.

Siempre que escucho a un autor decir que su novela se ha escrito sola y que él no sabía lo que iba a suceder en la página siguiente, me parece una pedantería. Pero así ha sido en el caso de esta obra. Como he dicho, la historia quería ser escrita, pero se ha ido construyendo sola sin dejarme a mí más papel que el de notario o secretario encargado de levantar acta.

No es poco el cine que he hecho. Y aunque concebí la historia como una gran aventura espiritual y los hechos espirituales no aparecen en la cámara, lo que me ha salido es una gran historia de aventuras con un fondo espiritual considerablemente denso y algunos pasajes (a los que inconscientemente llamo *secuencias*) con una carga emocional inmensa que han venido verme lo mismo que el resto de la historia, y que resultan total e inesperadamente cinematográficos. La *secuencia* estrella, en las puertas del palacio real de Babilonia, se dispara a los dos tercios del

metraje y la he visto una y otra vez proyectada en mi mente como la vería en la pantalla de un cine. Cuando la escribía, era incapaz de contener las lágrimas, y lo mismo me sucedió con el primer y el segundo repaso. Tal es su intensidad. Pero la historia rebosa de este tipo de situaciones apropiadas para ser vistas desde la butaca del cine. No se trata de nada que haya buscado de propósito. Sólo es que salió así.

Rindo gustosamente tributo a los autores de los que me he nutrido para escribir esta historia. En *El plan de tu alma*, de Robert Schwartz, encontré revelaciones muy valiosas sobre el ciclo de las reencarnaciones, en particular las sorprendentes nociones de que todo lo que sucede en nuestras vidas, incluyendo accidentes y desgracias, es decidido por nuestra propia alma antes de su nacimiento, y también la noción de que el tiempo no es una línea recta sino una tela de araña, por lo que todo está sucediendo simultáneamente.

De *El poder del ahora*, escrito por Eckhart Tolle, aproveché la idea de que si no nos resistimos a lo que trae el momento presente, sea lo que sea, la vida se pone de nuestro lado y comienza a trabajar para nosotros.

No habría podido escribir esta novela sin la hermosa obra de Philip Vandenberg *Nefertiti, una biografía arqueológica*, que contiene un relato de los hechos tan completo como interesante.

A mi hermana Ana debo agradecerle el tiempo que ha sacrificado de otras tareas más agradables para ella, como pintar sus cuadros, para traducir el manuscrito a inglés.

Las lágrimas resbalan por mis mejillas, pero no por miedo o rabia, sino porque mi próxima muerte se debe únicamente al amor y la compasión que he querido desplegar hacia todas las criaturas, a mi disgusto contra el abuso y la injusticia y a mi ansia de igualar a pobres y ricos, libres y esclavos, hijos del país de Kemi y extranjeros.

La muerte viene y no tengo a un solo amigo junto a mí. No para defenderme, porque tal cosa sería imposible frente a esa horda de fanáticos, sino para acompañarme y consolarme.

Mi definitivo adiós no me causa temor, pero el ciego odio de los asesinos me perturba, me duele y conmueve como un temporal cada fibra de mi ser.

Sé que hay aún una forma de burlar al destino. Mi dormitorio tiene una salida trasera por la que podría escapar, pero no lo haré. No deseo huir de la muerte, sino abrazarla.

La puerta está a punto de ceder a los golpes de hacha. Veo asomar por fin su cortante filo haciendo saltar astillas, y cada golpe se hunde profundamente en mi corazón. Cada batir es como una pequeña muerte, porque lo que me mata no es la espada, ni el hacha sino el odio, de tal forma que antes de recibir el golpe de gracia ya estoy muerto.

No pediré clemencia, no retrocederé ni mostraré el terror que esperan. Al contrario, abriré desafiante mi túnica para invitar a los asesinos a a hacer pronto lo que han venido a hacer, al mismo tiempo que los perdono y los bendigo, porque pase lo que pase, todo está bien y es tal como debe ser.

Pero sobre todo estoy sereno porque aprendí que esta horrible forma de acabar mis días no es fruto del azar, ni de la injusticia, ni siquiera de mis actos, sino de la decisión que yo mismo, mi propia alma, había tomado antes de nacer.

Yo muero hoy, pero la semilla está plantada. Mi obra vive, crecerá y cambiará la faz de la tierra.

Ésta es mi historia.

PRIMERA PARTE
EL JOVEN INGENUO

I

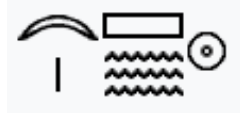
EL COCODRILO TUERTO

Cuando la claridad llegó y la tierra de Kemi se llenó de luz, yo aún no sabía que aquella misma jornada iba a marcar mi vida, a exponerla a la aventura, al sufrimiento y a la dicha. No sabía que la peripecia que me disponía a iniciar, me cambiaría profundamente, cambiaría la tierra de Kemi y terminaría cambiando todo lo que Ra alcanza con sus rayos. En aquel momento, ajeno a las convulsiones que se avecinaban, yo sólo podía prestar atención a una sola cosa.

Abrí los ojos, e inmediatamente la melancolía tiró de mí y me empujó con dulce suavidad hasta el fondo de un pozo al mismo tiempo oscuro y vibrante. Era el artesonado de la techumbre, cubierto de pan de oro, lo que tenía ante mí, pero yo no lo veía. Estaba dejándome mecer por la tristeza de aquel sentimiento que, si los sentimientos tuvieran olor, desprendería el aroma dulzón de las cosas próximas a pudrirse. No me sorprendió notar cómo las lágrimas quemaban mis mejillas, ni me causó asombro saberme atrapado por la intensa belleza de aquel pesar.

Una noche más. Una vez más. Ella, la hermosa y joven desconocida, delgada y pálida, con una piel tan blanca que casi resultaba transparente, había vuelto a visitar mis sueños, a envolverme en su tibio abrazo y a hacerme sentir un estremecimiento casi físico del amor más puro, que sin embargo me había hecho experimentar el placer físico y real, no imaginado, como cada noche desde Primero de *Shemu*¹.

1 26 de abril -25 mayo.



Signo jeroglífico de Primero de Shemu

Y el sueño, al despertar, siempre me producía aquella tristeza de saber que ella no era real, que nunca lo había sido, que no era más que una proyección de mi mente y la expresión de mi vacío interior. Por eso cada noche me deslizaba en la cama con una mezcla de gozo y temor. El primero porque sabía que la muchacha volvería a mí bajo el débil y penumbroso resplandor de las estrellas. El segundo porque no ignoraba que desaparecería con la rosada luz del amanecer.

Nunca, en todas aquellas noches, pude ver su rostro. En mis sueños nos abrazábamos y de mi corazón brotaba más ternura de la que nunca creí poseer, pero no alcanzaba a mirar sus ojos. Y sin embargo sabía que era tan bella como no podría imaginar.

Cierto, amaba lo que nunca existió. Puede parecer torpe o contradictorio, pero aquel turbulento mundo de las ideas y las quimeras era mi mundo, porque yo amaba las ideas y menospreciaba las cosas. Las cosas se estropeaban y se corrumpían, pero las ideas no estaban sujetas a fin ni a límites y las quimeras podía moldearlas al gusto de mi imaginación. Unas y otras eran perfectas, como mi muchacha secreta de las madrugadas, a la que en mis cavilaciones apodaba *mi novia de estrellas*. También ella era una idea, o más bien un sentimiento, y sabía que nunca tomaría cuerpo, que nunca besaría sus labios ni me asomaría al fondo de sus ojos, porque la vida real, es decir, todo el inmenso mundo que se extendía fuera de mi mente, era fútil y decepcionante. Mientras no saliera de los límites de mi sueño nocturno, la muchacha seguiría siendo intachable y su amor se mantendría intenso y puro como una llama ardiente.

Mi novia de estrellas, siendo una fuente de inquietud que conmovía los fundamentos de mi personalidad, al mismo tiempo se había transformado en un bálsamo para mí. La razón era simple: Yo, en realidad,

tenía prohibido el ansia. Mi padre era el gran Amenhotep, apodado El Magnífico y cuyo nombre de coronación había sido *Neb-Maat-Ra*. Él era el Dios, el Poderoso Toro, el Horus Viviente, y yo vivía supongo que felizmente con mi familia en la Casa de Oro, el rutilante palacio de la orilla occidental del *Iteru*² llamado *El deslumbramiento de Atón*, que si en las horas diurnas maravillaba por igual a villanos y príncipes, se transformaba con la llegada de la noche en una milagrosa constelación de luminarias que se reflejaban majestuosamente en la tranquila superficie del *Iteru*.



Como cada mes, la luna había vuelto a adquirir aquella forma de una barca de plata, y se sostenía inmóvil en el cielo del este. Nubes violáceas y pesadas se recostaban perezosamente sobre el horizonte opuesto, donde las almas bienaventuradas vivían en perfecta felicidad. Los grillos, un ejército más numeroso que el de las estrellas del firmamento, murmuraban entre los remotos cañaverales. Escuché su sonido, tenue y blando, hasta más allá de la penumbrosa profundidad del río.

Por desgracia, aquel paisaje yo sólo podía imaginarlo, porque la Casa de Oro era para mí más bien como una jaula de oro, y desde mis aposentos sólo alcanzaba a ver la difusa oscuridad. Ciertamente que no estaba encerrado, y sin embargo lo estaba, porque apenas podía salir del inmenso, maravilloso y admirable palacio de *El deslumbramiento de Aton*, también llamado *Per Hai*, la casa de la alegría. A veces se me permitía ir a jugar al gran lago artificial incluido dentro del recinto, pero eso era todo lo que podía hacer sin control y vigilancia.

¿Qué puedes desear cuando eres el hijo del *neb*³? ¿Qué hay sobre la tierra o en los cielos que no puedas conseguir sólo con chasquear los dedos? Aquella era la paradoja con la que estaba obligado a vivir. Todo me estaba permitido y todo lo tenía a mi alcance, excepto el anhelo. En

2 El Nilo

3 "Señor", título alusivo al faraón

poco tiempo sería designado jefe de los escribas del rey, sacerdote de algún templo o algo parecido y eso era todo.

Los demás chicos de mi edad tenían proyectos y ambiciones, y en la vida de todos ellos había un sitio para la incertidumbre, aunque fuese modesta. Claro que pertenecían a las familias más selectas y acabarían de adultos en las altas magistraturas del Estado, pero incluso así, su destino no estaba completamente escrito y cerrado con candados, aunque fueran dorados, como lo estaba el mío. Mi vida, la vida de un privilegiado entre los privilegiados, estaba decidida de antemano. Los gordos, orgullosos y autoritarios sacerdotes de Amon me educaban con dedicación y paciencia, y esto incluía una escuela muy exigente, pero también disciplina y sobre todo renuncia. Renuncia a lo que a mí me parecía lo más elemental y necesario para un chico de mi edad: Salir de la Casa de Oro (me refiero a salir sin compañía ni protocolo) para averiguar cómo era el vasto, variado e insospechado mundo de más allá, conocer a otras personas y aspirar otros olores aunque no fueran agradables, porque las fragancias de palacio eran tan selectas como tediosas. No me importaba que el mundo de verdad pudiera tenerme reservados, no sólo promesas, sino también contratiempos y amenazas. Quería y necesitaba dejarme sorprender por lo nuevo.

Y entonces me di cuenta de que mis propios pensamientos me sorprendían. Yo, el idealista amante de lo perfecto, atraído por lo distinto, lo vulgar, lo pobre, lo feo y lo deforme. Era una nueva faceta de mi personalidad que ni siquiera yo conocía.

De pronto, durante lo más intenso de mis cavilaciones, sentí como un fuerte fagonazo en mi mente. Y en ella, en su profundo interior, escuché con claridad una sola palabra:

“¡Ahora!”

Permanecí aturdido unos momentos, pero entonces un grupo de golondrinas cruzó veloz junto a mí, supe que era una señal y no tuve la menor duda de lo que debía hacer.

Salí apresuradamente de mis estancias reales y gané el atrio interior, un espacio inmenso y abierto y donde el único signo de vida eran tres

viejos soldados no muy sobrios que se entretenían con juegos de mesa a la luz de una lámpara, en un rincón apartado. Alrededor se desplegaban los almacenes de víveres y armas, y también los talleres de perfumistas, carpinteros, orfebres y otros artesanos. Pero yo iba en busca de un almacén muy concreto, precisamente el de los pajareros. Lo localicé en la espesa penumbra, prendí una lámpara de aceite, abrí de un empujón la pobre puerta de madera, que estaba atascada, y me deslicé en el interior con la insoportable sensación de estar cometiendo un crimen. Aún hoy mi corazón se estremece al evocar mi determinación de aquel momento, y se maravilla ante el espectáculo del proceloso recinto, que era a semejanza de un bosque silencioso de jaulas, redes, sogas y cordajes como los de tender la ropa, cruzados en todas direcciones en especie de caótica telaraña .

Cerré la puerta para que nadie desde fuera percibiera la luz y, a mi pesar, avancé tragándome el súbito miedo que me había producido el lugar, y que paso a paso hacían brotar los extraños juegos de luces y sombras que la lámpara producía al proyectarse sobre aquel inmenso depósito de cosas dispersas. Todo aquello, por su desorden y sordidez bien podrían sido las tripas de la serpiente Apofis ⁴.

Me detuve a observar con más detalle. Unas jaulas eran de cobre, otras de madera, bronce o mimbre. Vi alguna de junco también. Unas estaban apiladas en montones, otras prendidas de las vigas de madera de la techumbre o colgando de los cordajes entrecruzados. Ya me estaba familiarizando con el lugar cuando el corazón pareció detenerse en mi pecho y me estremeció la súbita visión de un viejo muñeco articulado de madera que estaba encerrado dentro de una jaula. Sólo un muñeco. Parecía una marioneta de las que se usan en los teatros infantiles, pero desnuda. No era más que un conjunto de trozos de madera envejecida articulados, creo que con hilo de cobre.

Es tonto asustarse de un muñeco inerte, pero éste me pareció siniestro porque sólo tenía un ojo. Quienquiera que hubiera sido el artesano que lo construyó, por algún extraño motivo había elegido dibujar

⁴ Antagonista mitológico el dios Ra que cada mañana, al alcanzar el sol su cenit, trata de hacer volcar su barca solar

con tinta oscura y ya desvaída, un único ojo en la parte izquierda de la cara. Se trataba del trazo esquemático de un círculo rodeado de líneas perpendiculares, como un sol radiante. De alguna manera realmente extraña, la mirada de aquel ojo único creí que me quemaba. Me sentí como si mi incursión en aquel lugar no hubiera sido más que una excusa del destino, o quizá de alguna fuerza oculta y callada, para que yo encontrara aquel objeto horrible y me enfrentara a él.

Posiblemente no habría sentido nada particular a la luz del día, pero en la profundidad de aquel extraño recinto, de pronto el muñeco me había parecido algo así como el dios secreto e inefable que aguarda callado en lo más recóndito del santa sanctorum del templo. Un único ojo, extraña y desmesuradamente abierto, extraña y desmesuradamente vivo, pero en lo que no era más que una naturaleza muerta. Aquella combinación de vida y muerte simultáneas me recordó súbitamente a una momia bien embalsamada y conservada y con fuerte apariencia de que el difunto no se había ido.

Sólo después de un esfuerzo por serenarme recordé por qué estaba allí. Dejé atrás el muñeco para internarme aún un par de pasos más y entonces encontré lo que había ido a buscar: Un buen trozo de cuerda lo suficientemente largo y fuerte para mi propósito. Normalmente los pajareros del rey dejaban cebos con comida en el centro de una red dispuesta en el suelo y cuando llegaba el momento jalaban de una larga cuerda y la red se cerraba. Este procedimiento se utilizaba para captura de jilgueros y otros especímenes cantores, que así no resultaban dañados y podían ser conducidos rápidamente a las jaulas repartidas por toda la Casa de Oro. Por eso yo sabía dónde buscar lo que necesitaba.

Colgando de un travesaño vi un faldellín de lienzo usado. Me pareció que aún apestaba a sudor pero vencí mi repugnancia y lo intercambié por mi túnica de fino lino real. Entones, después de un profundo suspiro con el que me infundí decisión, tomé mi cuerda, me la arrollé al hombro, apagué con cuidado la lámpara y salí, procurando hacer el menor ruido posible.

Los soldados que jugaban en el atrio parecían más abstraídos y más bebidos que al principio. Crucé prácticamente de puntillas, confiando en que no me verían, y en que si me vieran, no me reconocerían o por lo menos no llamaría su atención.

—¡Joven príncipe!

La voz había sonado áspera y potente como un trueno. Me di la vuelta despacio sin saber qué decir, porque no tenía ninguna explicación que justificara por qué estaba allí a aquellas horas, portando una cuerda al hombro y vistiendo de aquella manera. Uno de los soldados, con el rostro iluminado pobremente por la lámpara, me mostró una mueca que pugnaba por convertirse en sonrisa de dientes negros y podridos.

—¿Jugando a explorador...? —se limitó a preguntar, para mi alivio.

Yo creía que se disponía a hablarme con severidad de soldado enojado y luego entregarme al oficial de la guardia, pero no hizo ni dijo nada más, y me limité a correr hacia mis aposentos como si la serpiente Apofis me pisara los talones.

Al entrar cerré la puerta tras de mí y me detuve. En el inmenso silencio de la habitación oscura sólo se escuchaban mis jadeos y el fuerte martillar de mi corazón agitado. Después de calmarme, recorrí en cuatro zancadas el espacio hasta el balcón y me asomé de nuevo al mundo apoyándome contra la balaustrada con una sensación de gozo que ni en mi mejor sueño de elocuencia sería capaz de expresar. En mí ya no había la melancolía de un niño, sino la determinación de un iluminado y el coraje de un rebelde.

Mi propósito era escapar, aunque fuera sólo por unas horas, y para ello había concebido lo que a mí, ingenuamente, me parecía un plan . Me haría pasar por aprendiz, me mezclaría de incógnito con la gente del pueblo y me entregaría a la incertidumbre que tanto me atraía, aceptando lo que la vida me tuviera reservado, fuera lo que fuera . Me expondría a lo feo y a lo imperfecto, y de paso quizá podría prestar un servicio útil a mi padre haciendo de espía oficioso para averiguar qué era lo que la gente, en las tabernas y en las calles, decía de él.

“¡Ahora!”

Volví a escuchar en mi mente el imperioso mandato, y entonces lo hice. Anclé la cuerda, la dejé caer por la balconada, me descolgué y por fin me dispuse a sumergirme en lo incierto.



Se había hecho más tarde de lo que pensaba y las calles oscuras y silenciosas eran algo para lo que yo no estaba preparado. Ni una antorcha, ninguna lampara para ayudar al paseante. Si la luna, muy oportunamente, no hubiera desplegado para mí su pálida claridad, ni si quiera sé qué habría podido hacer.

La negrura era completa en el interior de las viviendas, lo mismo que el silencio, porque todos dormían mientras Ra recorría la caverna de los muertos de oeste a este, para aparecer como Khepri y volar al cielo a fin de iluminar y dar gloria al mundo un día más.

Sólo el el canto de os grillos rompía el silencio. De vez en cuando un perro ladraba desde un rincón lejano. Mi caminar en medio de aquella zozobra me pareció de pronto como la arriesgada y solitaria aventura que debía afrontar el alma del difundo, aquel camino largo, desconocido y repleto de enemigos a cuyo dulce final se encontraba el Aaru, donde los bienaventurados viven para siempre en paz y felicidad.

Fue entonces cuando lo vi, o mejor lo escuché. Era un perro. Un perro que ladraba pero esta vez muy cerca de mi, y con peculiar ferocidad. Estaba calle por donde yo caminaba. Me pareció más agresivo y carnicero que un chacal, y más mortífero que el lobo *Upwaut*⁵, pero no podía desviarme porque la calle no tenía salidas laterales y me llevaba directamente a su encuentro. Avancé, pero el temblor aflojaba mis piernas.

Al fin pude verlo. Estaba delante de mí, como a quince codos. Era un perrazo negro enorme. Nunca había visto una cosa igual. Parecía realmente un enviado del otro mundo, una bestia prima hermana de *Ammyt*, la devoradora de los muertos. Pero sobre todo había en aquella bestia algo que me inquietó más que aquellos gruñidos con los que me mostraba los caninos. Al perro le faltaba un ojo. Sólo tenía uno, al lado izquierdo de la cara. Lo supe a pesar de la penumbra porque aquel ojo

5 Animal mitológico que pulula por las necrópolis